Lección 5

Poética venusina

Hasta que la luz fue un residuo más en la suciedad del vidrio, Duvet mantuvo la esperanza de que la puerta se abriría. Luego, atardecía ya irremisiblemente, Duvet se sentía Molloy[18] y, por fin, la abandonó la tristeza, al empezar a fantasear. Como siempre, primero fue apareciendo una imagen vacilante; a partir del momento en que Duvet pensó en aprovechar la imagen como recurso literario, la avenida cobró una forma nítida, brotaron dos hileras interminables de árboles y unos olores denotaron que llovería pronto sobre aquella extensión aparentemente desierta, crepuscular, en la que nadie, ni siquiera la autora, podía aún determinar la figura de hombre que correría, vestido de soldado, de árbol en árbol. Pero Duvet, que pensar sólo pensaba literariamente, sabía ya que, en un momento determinado, sonaría un cañonazo en el puerto y, de inmediato, la tarde, la avenida, los tilos esperando la lluvia, recobrarían la quietud que únicamente había roto el instintivo cuerpo a tierra del soldado.

La escena, si escena podía denominarse aquel esbozo, ad-

©Herederos de Juan García Hortelano, 2017

quiría un vigor incitante a cada repetición y Duvet, ensayando técnicas de *nouveau roman*[19], se quedó adormilada. Por lo que oyó el cañonazo en el puerto, cuando los nudillos de Venus Carolina Paula repicaron en el tabique. Duvet recobró sin sobresalto, como quien aparta los ojos del papel para coger un cigarrillo, la realidad de la buhardilla al borde de las tinieblas. A gatas alcanzó el tabique donde las llamadas de Venus Carolina Paula denotaban una creciente inquietud.

—Que no me he ahorcado, no te preocupes.

—Ay, mi niña..., por Dios, qué espantos se te ocurren...

—¿A mí? Eres tú quien estaba imaginando espantos, reconócelo. Te ha negado la llave, ¿verdad, Venus Carolina Paula?

—Sí, mi niña. Tu madre me ha prohibido que te lleve al parque. Yo..., yo no he sabido domarla. No sólo no se le ha pasado el berrinche, sino que está peor. Se me ocurrió que se le podía haber pasado, pero quiá, hasta me ha prohibido que te suba la merienda. ¿Tienes hambre, mi pequeña? Hay que reconocer que le has dado el desayuno, que te has comportado de una manera heroica pero insufrible. ¿Me oyes bien, Duvet?

—Te oigo, Venus Carolina Paula.

—¿No te parece que te has comportado de una manera heroica pero insufrible?

—Simplemente digna.

—Yo, tú lo sabes, estoy de tu parte. A mí me parece que, teniendo medios para tener vocación, la vocación de una persona es lo más principal. Pero también hay que comprender que a tu madre le asuste que te hayas empeñado en ser Flaubert y sólo Flaubert. No se puede derrochar tanta cerrilidad, amor mío, sobre todo cuando lo que una pretende es una insensatez. Eres muy extremista, pequeña, las cosas como son.

—Extremista, ella, que es una terrorista del orden.

—Ella, acuérdate, al final del desayuno quería contemporizar.

—¡¿Contemporizar?! ¿Llamas tú contemporizar a que me proponga ser la Sagan en vez de ser Flaubert? A eso yo lo llamo una trampa.

—No caigas y aprovéchate de que ella te cree en el hoyo. Hace unos meses no admitía siquiera que fueses escritora. Esta mañana, por lo menos, admitía que seas la Sagan. Pues haz que consientes en ser la Françoise Sagan y ponte a ser el Gustave Flaubert. Yo, la verdad, no veo tanta diferencia. Quizá es porque una sabe poco acerca de ese oficio, pero a una lo que le parece esencial de necesidad es que tu horrorosa madre te permita emprender la carrera de la gloria literaria.

—No seas pánfila, Venus Carolina Paula. Lo que espera esa víbora es que yo termine por ser efectivamente la Sagan y, conociéndome como me conoce, que le coja una aversión total a la literatura. Antes muerta que ser la Sagan. Antes, te lo juro, preferiría ser masajista íntima, o bordadora, o Elsa Triolet[20].

—O ¿quién...? No te he oído.

—¿Qué estás haciendo, Venus Carolina Paula?

—Yo considero que es un oficio penosísimo, pero maleable. Estoy mirándome al espejo. Para darte mi opinión sincera, a mí me parece un mal oficio, lleno de desventajas, de sufrimientos, de frustraciones, de negruras, que lo único que va a proporcionarte el día de mañana es fama y dinero. En fin, ni siquiera un oficio. A mí me parece una desgracia. Pero eso sí, una desgracia maleable.

—No es maleable, créeme.

—No lo será, si tú lo dices, que eres la que quieres dedicar tu vida a eso. Sin embargo, si me pongo a pensar en lo que te espera, cariño mío..., no sé, no sé... Naturalmente no es que le dé la razón a la zorra de tu madre, porque tu madre es

de esas personas a las que resulta inmoral darles la razón cuando la tienen, por supuesto que no... ¡Eres tan pequeña todavía...!

—Ése es un atributo circunstancial, Venus Carolina Paula. La gente, incluso las personas cultas pero un poco pavesianas, como tú, idealizáis el oficio de escribir, le metéis mucha metafísica al oficio por el culo.

—No hables mal, mi amor, que es muy feo que una niña flaubertiana diga malas palabras. Además, yo no soy culta. ¿Cómo voy a ser culta, si me he tenido que venir a servir a París desde Extremadura? Ni siquiera es que sea intuitiva o sensible, Dios me guarde. Lo que pasa es que te quiero mucho y, aunque por motivos distintos a los de tu madre, cada vez que me encuentro a un escritor de cuatro años no puedo por menos que temblar ante su tenebroso futuro. Afortunadamente se me está desarrugando el ombligo.

—¿Es que te has desnudado para mirarte al espejo?

—Sí, niña mía. Me veo más claramente cuando estoy desnuda.

—Y ¿se te está desarrugando de verdad? Cuánto me alegro... Recuerdo lo arrugadísimo que lo tenías cuando entraste en está casa. No te complazcas demasiado en la contemplación de tu cuerpo, ¿eh, Venus Carolina Paula?, que careces tú de grandes defensas contra la voluptuosidad.

—Carezco, pero no hay peligro, cielito, sabiendo que estás ahí sola, en las tinieblas, hambrienta, afantasmada...

—Ni tampoco te compares demasiado el cuerpo con el cuerpo de mi madre.

—Me gustaría que esta misma noche, después de la cena, le entrase un cáncer a tu madre, un cáncer miserere.

—Y a mí, naturalmente.

—¿Tienes paralizadas las piernas?

—Entumecidas. No te angusties en exceso. Ahora, ya ves, estoy aquí tan a gusto, charlando contigo de literatura. Y cuando tú te tengas que bajar a la cocina, seguiré con una novela que se me ha ocurrido esta tarde.

—¿Es bonita?

—Mucho.

—¿Con sexo y violencia?

—Con un poco de violencia sólo. Cuestión de que se oiga un cañonazo a lo lejos. Tengo una experiencia muy limitada para escribir de pasiones.

—Pobre criatura mía... En medio del torbellino de la vida es donde tendrías que estar y no encarcelada, consumiéndote de soledad. Madame te va a provocar un solipsismo incurable.

—Bueno, tampoco en el parque hay mucho torbellino de la vida...

—¿Lo ves?, ya estás aborreciendo la realidad. Santo cielo, y que no haya un tribunal que mande a ciertas madres al garrote vil... Me desespera que, entre la maldad de esa bruja y tu firme vocación, nunca dejarás de padecer.

—Te aseguro, Venus Carolina Paula, que escribir da también satisfacciones.

—Falsas, mi pequeña, satisfacciones falsas, alucinatorias, masturbatorias, envenenadas... Renuncia al dinero y a la fama y ahórrate una vida gansa dedicada a inventar mentiras. Y, encima, una vida salpicada de obstáculos y de inútiles esfuerzos sobrehumanos, palabrera, rodeada de todas esas gentes sospechosas que zumban alrededor del oficio.

—La miserable de mi madre te está influyendo. Ah, Venus Carolina Paula, si te largases del comedor nada más servir el desayuno...

—¿Qué dices, insensata? ¿Cómo puede cegarte tanto la ingratitud? ¿Estás ya tan intoxicada por la literatura que no sabes distinguir entre el bien y el mal?

—Venus Carolina Paula, no me regañes, no te enfades, no creas que ignoro todo lo que haces por mí.

—Te mataría esa burguesa infanticida, si yo no estuviese delante echando el café con leche en los tazones, sería capaz de matar al mismo padre de Flaubert, que era tan borde como ella.

—No te irrites, que te agradezco infinito la ayuda. Anda, sigue contemplándote en el espejo, Venus Carolina Paula querida.

—Malditas las ganas que tengo de mirarme los pezones... Escucha, mi niña, hazte escritora, si es que no puedes remediarlo. Pero haz por lo menos algún esfuerzo para relacionarte con quien no comparte tu extravagancia.

—Eres injusta. Precisamente el oficio consiste en amar y comprender a los prójimos humanos.

—Ay, pequeña romántica... Veo que es inútil prevenirte contra tanta equivocación como propicias. ¿Qué sabrás tú, por mucho Gustave Flaubert que llegues a ser, que no dudo que lo serás, y que te comprarás una finca y que serás recibida en la Academia, que sabrás tú, mi tierna niña, en lo que consiste escribir? Pero ¿es que te crees que es igual que redactar? Muchas veces tendrás deseos de escribir y no sabrás, otras veces sabrás y estúpidamente elegirás vivir. Cuando escribas, te sentirás satisfecha hasta que al día siguiente releas lo que escribiste ayer o leas lo que otro ha escrito. Alguien elogiará lo que has conseguido y tú sabrás cuánto lo has fallado. Del que te manifieste su desacuerdo sólo oirás los ecos de la envidia. Sabiéndote incapaz y creyéndote envidiada, rehuirás el trato de tus semejantes y aborrecerás el de la Naturaleza. Toda experiencia la resecarás para inventarla después, todo sentimiento dejará de ser tuyo para ser de tus personajes, o sea, de lo que no existe. No tendrás libertad, ni espontaneidad, ni un gusto tuyo. Y un día, cuando ya estés muerta para la vida, serás ya escritora y descubrirás con espanto que del infierno no se sale, porque existe un tormento mayor que el de escribir y es el de vivir sin escribir. ¿Para qué todo eso, quieres decírmelo?

—Porque el mundo está mal hecho, Venus Carolina Paula.

—Mentira, Duvet. El mundo está muy bien hecho, lo que pasa es que no nos gusta.

—Es lo mismo.

—No, no lo es salvo que quieras que te guste. Y ¿cómo?; renunciando a todo, excepto al dinero y a la fama, por inventar un puñado de historietas, que, encima, se parecen cochinamente al mundo.

—Mi madre no se parece a Emma Bovary.

—Son idénticas, con la diferencia de que a la vernácula de tu madre se le ofrecen hoy en día muchas más posibilidades de demostrar lo necia que es.

—Sí, sí, si tienes toda la razón, Venus Carolina Paula, pero ¿qué puedo hacer? No me abandones tú, no me dejes

aquí sola, que ya no sé ni quién soy después de ocho horas de buhardilla y, sobre todo, a la caída de la tarde, que es la hora más funesta del día para los que tenemos una vocación difícil y un poco desjuiciada. Si yo te contase mis desfallecimientos, si yo te confesase que lo que tú me dices es lo que yo no quiero decirme, si tú supieses las ganas que tengo de correr por el parque, de subirme a una bicicleta, de saltar a la pata coja o a la comba... Pero, Venus Carolina Paula, si lo que necesito yo es que nadie me diga la verdad..., si a mí me aprietas un poco y cambio la fama por un aro, que es una agitación igual pero menos tediosa... Compréndeme, hazte a la idea de que lo que a mí me ocurre es lo que te ocurre a ti cada vez que se te acerca un hombre...

—Mi niña, mi niña..., mi infortunada pequeña Duvet, no sigas, por favor, no sigas... Claro que te comprendo y te apoyo y nunca, nunca jamás, te abandonaré. Ni siquiera cuando seas Gustave Flaubert y no encuentres a nadie que te aguante, te aguantaré yo, Venus Carolina Paula, yo cuidaré de tu escritorio, te serviré el té, corregiré galeradas, dejaré al hombre que ame y que me ame para ofrecerte mi devoción a cambio de lo que no entiendo...

—¡Qué excelente escritora podrías haber sido tú, Venus Carolina Paula, si hubieses podido quedarte en Extremadura! Algo George Sand, pero con una sutileza y una afición por el corazón humano que ya quisiera yo tener.

—Es que aún eres muy chica, mi lucerito. Poco a poco, en cuanto crezcas y aprendas a leer y a escribir correctamente, ya verás cómo tú también te sabrás lo del corazón humano. No creas que es tan difícil. Triste, mucho, pero facilito. ¿Tienes hambre?

—No, tengo claustrofobia.

—Ya queda menos para la cena y a la hora de la cena esa asesina de tu mamá me dará la llave para que te saque. Y ¿frío?, ¿tienes frío?

—De vez en cuando tengo escalofríos. Pero no es el clima, es la desesperación.

—Tengo yo la culpa por ponerme a detallarte el horror de vida que te espera. Perdóname, mi niña, perdona a tu Venus

Carolina Paula. ¿Sabes que La Foudre había escondido una pistola en el frigorífico y casi la echo al puchero? ¿Por qué no serás tú tan dinamitera como tu hermano, para que tu madre te lo consintiese todo?

—Como es varón y a ella le tira el complejo de Edipo...

—No me extrañaría que la guarra de tu madre quisiera ser Yocasta, porque es que ni se le ocurre ser nada bueno. Ponte contenta, que le he pedido permiso para hacer mañana tortilla de patatas a la española sin cebolla y ha dicho que bueno.

—¿Ha llegado ya el anciano señor compatriota tuyo?

—No, tampoco ha llegado hoy. Se ha quedado en Chartres para ver la catedral de Chartres.

—El ocurrente de Sartre decía que entre una vida humana y la catedral de Chartres él elegiría la vida humana, porque un hombre puede reconstruir una catedral y una catedral no puede resucitar al hombre que ha muerto por ella.

—Eso lo decía porque es la de Chartres, que si fuese la de Burgos no le dejarían ni elegir y puede que hasta le fusilasen.

—¿Cómo será el anciano señor compatriota tuyo?

—Espero que tu madre esté equivocada y no sea un caballero español, porque lo único que le faltaba a esta casa es un caballero español.

—¿Te acuerdas mucho de tu España, Venus Carolina Paula?

—Qué remedio...

—¿Cómo es España?

—Un polverío, mi niña.

—Enséñame un poquito más de castellano, anda...

—En un próximo futuro, que maintenant tengo que preparar el souper. ¿Estás más resignada? ¿Me prometes ponerte a escribir una novela y no tener miedo a la obscuridad? ¿Le perdonas a tu Venus Carolina Paula que haya sido tan inconsideradamente sincera y le mandas un beso a través del tabique?

Duvet besó el tabique, que le supo a yeso y a lágrimas. Luego tras oír cerrarse la puerta de la mansarda de Venus Carolina Paula, oyó el silencio de las esferas. La avenida desierta se iluminó, al encenderse las farolas de hierro labrado (¿se

dice hierro labrado?)[21] que en dos líneas convergentes se perdían en la lejanía entre los tilos. Acababa de sonar un cañonazo en el puerto. Comenzó a llover. Y Duvet estaba convencida de que, de haberla parido Venus Carolina Paula, ella esa noche sería ya por lo menos Honoré de Balzac.